

EL MITO «HIPPIE» EN IBIZA

# MILES DE INDESEABLES HAN INVADIDO LA BELLISIMA ISLA

Viven sumidos en la degeneración del sueño artificial de las drogas

HAY UNA REACCION IBICENCA EN DEFENSA DE LAS BUENAS COSTUMBRES

Ibiza 22. Por el grupo de información de la Guardia Civil de Ibiza han sido identificados y puestos a disposición del juez de instrucción veintiséis individuos como consumidores de drogas.

El "gang" ocupaba una vieja casa de campo denominada "Can Mata", en el pueblo de San Jorge, que, según parece, habían alquilado dos de dichos individuos a mediados de julio pasado.

El servicio se inició al descubrir que uno de los componentes de la banda andaba desnudo por los campos, al que siguió la Guardia Civil, hasta dar con la casa de su "paraíso artificial". Allí vivían sin discriminación de sexos, ocupando incluso algunas corralizas contiguas a la masía.

Al proceder al registro les fueron ocupados treinta y seis gramos de diversas drogas, una pistola de calibre 6,35 sin munición, varias navajas de tamaño mayor y puñales, así como veintituna pipas y cincuenta y una boquillas para fumar los narcóticos.

La banda estaba formada por ingleses, escoceses, franceses, norteamericanos, canadienses, turcos, italianos y tres españoles.—Mencheta.

Ibiza. (De nuestro enviado especial.) A medida de que el avión nos acerca a ella, Ibiza se presenta como un faro de intensa luz que, emergiendo del azul Mediterráneo, deslumbra y atrae irremisiblemente, con la fuerza insospechada de su siempre sorprendente paisaje. Ibiza es, en efecto, tal y como cantara en sus versos catalanes María Vilangómez, "un súbito ardor de luz".

La mayor de las Pitiusas—Ebusus que fuera para los romanos—no desmiente a sus clásicos. Es, toda ella, como una maravillosa sinfonía cromática en la que el verde de sus pinos, el rojo ocre de su tierra calcinada por el sol y el purísimo azul de las aguas en que se baña, parecen fundirse en el blanco de cada una de sus características edificaciones, en el blanco de sus milenarias salinas, multiplicando así su intensidad.

Una vez en ella, a ese indescriptible encanto se unen otros muchos que el visitante, quizá embriagado de tanta luz, va descubriendo al recorrer sus campos o bien, ya en la capital ibicenca, al adentrarse por las trepantes callejuelas que son y continuarán siendo por muchos años el corazón de la minúscula ciudad...

Con pena, en esta ocasión, hemos pasado como auténticos meteoros por entre tanta belleza natural. Nuestra misión informativa nos obligó a soslayar la luz y, aun en la claridad estallante de los días isleños, nos llevó hacia la oscuridad artificialmente creada por los hombres en tan paradisiaco escenario. Las horas de nuestra estancia en Ibiza han transcurrido prácticamente envueltas por ese "medio ambiente" en el que el germen de la perversión convierte muchos de los rincones de aquellos dos trozos de tierra española, casi virginales, en perfecto pudridero de juventud...

## La nueva invasión de las Pitiusas

Como es sabido, tanto Ibiza como su hermana menor, la isla Formentera, han soportado a lo largo de su historia las más variadas y ocasionales invasiones. Abandonadas o casi abandonadas a su suerte por la Península, sus habitantes se vieron obligados durante siglos a convertir en improvisadas fortificaciones sus blanqueados hogares, defendiendo en ellos continuamente todo aquello que les era entrañable.

Hace sólo veinte años que los isleños comenzaron a experimentar los efectos de una nueva invasión: el turismo. Veinte años en los que, despertando de su obligado le-

targo, tan ido descubriendo los indudables beneficios que, para su economía, representaba ese alud de gentes extrañas y dispares, ávidas de sol y de tranquilidad. Cuatro lustros en los que el ibicenco, alejándose del campo, olvidando en parte incluso su tradicional industria salinera, ha hecho prácticamente del turismo su única fuente de ingresos. De ello, a título de ejemplo, dan fe las veinte mil plazas hoteleras, a las que atienden los cincuenta mil habitantes de Ibiza.

En este tiempo de indudable prosperidad, la no menos indudable herencia fenicia de las islas ha acogido, admitido y soportado, aun con indiferencia, todas y cada una de las excentricidades propias de las distintas "corrientes" creadas por el snobismo de posguerra. Atraídos por su luz, artistas afectos a todos los "ismos" conocidos vivieron por más o menos tiempo—muchos las viven todavía—las cálidas jornadas ibicencas. Y tras ellos acudieron también desde el "ácrata", el "existencialista" o el "poeta pensador", hasta el joven y rebelde "blusson noir"...

A todos ellos se les debe en gran parte—nadie lo ignora en las islas—el conocimiento que en el mundo existe de las bellísimas Pitiusas.

## La llegada de los «hippies» y su amoralidad

Seis años atrás, aproximadamente, arribaron los primeros "hippies". Y con ellos la suciedad, el abandono y la amoralidad más absoluta... Ya no era lo mismo. Hasta el punto de que, ahogando esa "herencia fenicia" a que antes nos hemos referido, tanto en Formentera como en Ibiza se han formado grupos de jóvenes y viejos isleños que tratan de contrarrestar los efectos del "pacífico" e imposable "modus vivendi" de quienes atentan continuamente contra aquella moral que fue siempre patrimonio de la mujer y la familia isleña.

No exageramos. Sobre la existencia de estos grupos de represión que actúan en la clandestinidad de la noche hemos tenido confirmación, si no oficial, sí oficiosa...

—Existen, es cierto—se nos ha dicho—. Pero, como es lógico, aun comprendiendo las razones que les mueven, tenemos que combatirlos. Nadie puede ni debe aplicar la violencia por sí mismo como ley...

También hemos hablado con muchos isle-

## CAE DESDE UN SEXTO PISO Y SIGUE VIVO

Valdoviño (La Coruña) 22. Gracias a un montón de arena, José Manuel Faticoba Gardia, de dieciocho años, pudo llegar con vida hasta un centro sanitario después de haber caído desde un sexto piso.

José Manuel Faticoba trabajaba como albañil en un edificio en construcción. Por causas que no han sido determinadas, cayó al suelo desde el sexto piso, en el que se encontraba trabajando, pero en vez de dar en el suelo, cayó en un gran montón de arena que había a pie de obra, y si bien sufrió graves lesiones, la arena amortiguó el golpe y pudo salvar la vida.—Cifra.

ños. Gentes sencillas los unos, y otros, no pocos, acatados comerciantes... En todos ellos hemos encontrado una misma y total repulsa hacia una situación que nada tiene que ver con el turismo ni con los beneficios que del mismo puedan derivarse. ¡Y aunque así fuera!—se nos afirma—. Tienen mucho más valor para nosotros la formación y el futuro de nuestros hijos. La situación creada por la presencia de los "hippies" es tal—se nos continúa diciendo—que, de no ser corregida en poco tiempo, ya estamos pensando en buscar vivienda en Valencia para alejar a nuestras familias de este ambiente. Esto es triste y resulta indignante. Mucho más indignante si se piensa en que no todos los ibicencos están en posición de tomar medidas tan extremas como necesarias de seguir así las cosas.

## No deben ser considerados turistas

En realidad, quienes se conocen, viven y se presentan como "hippies" no pueden ni deben ser considerados como turistas. A la hora de enfrentarse con el problema de su no deseada permanencia, no cabe consideración alguna desde ese punto de vista. Por su forma de vivir, por su público comportamiento, desde la más indulgente atalaya moral sólo pueden merecer una calificación: "indeseables".

El "pacifismo" de que hacen gala, su rebuscada entrega a la indolencia e incluso esa su, al parecer, continua "búsqueda" de la verdad no deben ni pueden engañar a nadie con sentido común.

Proceden de los más diversos rincones del mundo, aunque en su mayoría, y según se nos afirma, se trata de jóvenes desertores norteamericanos, hijos de familia adinerada, que huyen del Vietnam.

De llevar a cabo una investigación a fondo, sólo una mínima parte de los miles de "hippies" afincados en las islas podría justificar sus medios de vida... Pero todos viven—si a eso se le puede llamar vivir—porque se protegen económicamente entre sí. Ese espíritu de evidente solidaridad sería, posiblemente, lo único de salvarse, si detrás de él no existieran los más viles intereses.

Y, además de los "hippies", están "ellos". Nos referimos a unos cuantos desechos humanos, cargados de dinero y de vicios, que, desgraciadamente, han creado, bien en las blanquísimas casas de campo ibicencas o en los camarotes de lujosos yates anclados en el puerto, auténticos templos a Eros, en los que noche tras noche se sacrifican las más puras e ilusionadas mentes juveniles. Ninfómanos y ninfómanas, deformados mentales de toda especie son, en un trasfondo fácilmente sondeable, la fuente económica en la que bebe ese triste fenómeno llamado "hippies", que, hoy por hoy, ensucia nuestras blanquísimas Pitiusas.—Alfredo SEMPRUN.